

# Oblación

*Cuento*

Hernán Lara Zavala

*Los preparativos para la ceremonia están listos: el retiro espiritual, más inquietante que conciliador, ha terminado; el cuerpo limpio y el alma libre de pecado, la penitencia y el ayuno cumplidos... Mañana, tres hermanos harán la primera comunión, pero ¿qué pensamientos inundan el alma y la mente infantil de Emilio?*

Es miércoles por la noche y mamá nos explica a Joaquín, a Miriam y a mí lo que ocurrirá al día siguiente:

—Van a ir a un retiro espiritual —nos explica— en el convento de Tlalpan donde está Vilma Rosa; allí los van a preparar muy bien todo el día para que el viernes muy temprano estén listos para hacer su primera comunión.

—¿Y quién es Vilma Rosa?—pregunta Miriam.

—Vilma Rosa es una prima mía, mucho más joven que yo pero mayor que ustedes, que se metió al convento hace unos años y acaba de hacerse monja...

—¿Y por qué? ¿No era bonita?

—Muy bonita...

—¿Y qué? ¿No tenía novio?

—Claro que sí y lo amaba mucho.

—¿Y entonces por qué se fue de monja?

—Porque era su llamado, era su vocación... Desde niña quiso ser monja pero su mamá le dijo que le daría permiso hasta que cumpliera veinte años. Ella obedeció y siguió estudiando como si nada; tuvo muchos amigos, se enamoró de uno de ellos y se hizo su novia pero tan pronto cumplió los veinte años habló otra vez a su mamá de lo que habían acordado y volvió a insistir en que quería meterse de monja. A su mamá no le quedó más remedio que respetar su decisión. Creo que su novio la quería mucho más a ella de lo que ella lo quería a él.

—¿Por qué?

—Trató de convencerla de que se casaran; pero ella no aceptó.

Entonces él le pidió que se esperara un año más, que pensara en la dicha de tener hijos, pero Vilma no quiso.



"El convento"

Le dijo que lo amaba pero que ella no podía casarse con nadie más que no fuera Nuestro Señor Jesucristo.

—¿Se casó con Jesucristo?

—Bueno, así se dice cuando alguien decide dedicar toda su vida a servir al Señor.

—¿Y ya nunca va a salir del convento?

—Nunca. Ser monja significa alejarse por completo del mundo, de tus papás, de tus hermanos, de tus amigos, de las fiestas, de todo lo que no sea servir a Dios.

—¿Y su novio qué hizo?

—Ya no pudo hacer nada. No le quedó más que resignarse y aceptar que Vilma Rosa se metería de monja. La acompañó junto con los papás y los hermanos al convento a despedirla.

—¿Y lloraron cuando la vieron entrar?

—Mucho...

—¿Él también?

—Él también.

—¿Y ella?

—Ella no... Ella los abrazó a todos sonriente cuando se despidió...

—¿Y le dio un beso a su novio?

—Según me contó tu tía Choni ella lo besó en la mejilla, como a un hermano, le dio un largo abrazo y se fue a cumplir con sus nuevas obligaciones sin voltear a mirarlos. Ahí le cortaron el cabello y se puso el hábito para toda la vida...

—¿Y nosotros vamos a ver a Vilma Rosa?

—Ya no se llama así. Ahora es Sor María Magdalena del Espíritu Santo.

—¿Y por qué se cambió de nombre?

—No se lo cambió ella, sino que al entrar al convento le asignan otro nombre más apropiado para la vida que llevará de ahí en adelante. Pero bueno, ya es tarde y hay que irse a dormir porque mañana tenemos que madrugar. Nos esperan en el convento a las siete de la mañana. Su retiro empieza a partir del desayuno.

Ese miércoles damos las buenas noches y nos vamos a acostar. Joaquín y yo a nuestro cuarto, Miriam al suyo. De los tres yo soy el mayor. Por razones ajenas a mí, me había tardado en hacer la primera comunión. Ya tengo doce años y en la escuela se acostumbra hacer la primera comunión tan pronto se tiene uso de razón, es decir, al tener los siete años cumplidos. Mi hermano Joaquín tiene diez y es Miriam la que este año cumplirá los siete; así que nuestros padres, pero principalmente mamá, decidieron, contra lo que se acostumbra en nuestras escuelas, que los tres hiciéramos la primera comunión juntos e independientes y precisamente en el convento donde está recluida Vilma Rosa, ahora Sor María Magdalena del Espíritu Santo. Esa noche al acostarme pienso que en la escuela donde estudiamos Joaquín y yo, con los hermanos maristas, todos los niños hacen la primera comunión al final del primer año escolar, en grupo, en



“El último beso de María”



"Monasterio de monjas desconocidas"

la basílica de Guadalupe y luego de una larga preparación durante la clase de moral. Sólo nosotros pospusimos tan importante ceremonia y eso nos hace ser mal vistos tanto por nuestros condiscípulos como por los hermanos que profesan una fe ciega en todos los sacramentos y, a nuestra edad, con particular énfasis en los de la confesión y la eucaristía. Entre los muchos ejemplos que nos ponen siempre nos comentan que Napoleón había dicho que el día más importante de toda su vida había sido precisamente el día en que hizo su primera comunión. Por lo mismo mis profesores titulares nos insisten en que le digamos a nuestros padres que debemos cumplir con este sagrado sacramento tan pronto nos sea posible pues no es sensato posponerlo más allá de cierta edad. Esa noche siento que por fin cumpliré con una de mis más caras obligaciones, pues por fin estaré preparado para recibir la preciada comunión que tan importante resulta para nuestros maestros y para todas las familias católicas. Antes de dormir pienso con curiosidad en Vilma Rosa, a la que no conozco. ¿Cómo será su vida? Y me imagino que ella debe disfrutar de una santa paz, que no tendría de haberse quedado a disfrutar los placeres del mundo. Y pienso también en otro ejemplo

que nos dieron en clase sobre el hombre aquel que después de haber sido un gran pecador toda su vida una mañana, arrepentido, se confiesa y comulga y al salir de la iglesia lo atropella un tranvía y lo mata. "Aquel hombre —había dicho con toda convicción nuestro titular, el maestro Juan Amescua—, a pesar de su vida pecaminosa, se fue al cielo pues en el preciso instante de su muerte su alma estaba en completo estado de gracia." Y yo pienso en la felicidad que me aguarda cuando reciba la comunión y entre en estado de gracia, con el Señor en mi alma sintiéndome por fin un cristiano cabal por haber recibido ya el sagrado sacramento de la eucaristía.

\* \* \*

"Tomad y comed que éste es mi cuerpo" —dijo Jesús en la última cena cuando tomó el pan y lo bendijo dándoselo a sus apóstoles. Cogió después el vino y los conminó: "Bebed todos de esta copa porque ésta es mi sangre la de la Alianza que es derramada por muchos para perdón de los pecados" cuando instituyó el sagrado sacramento de la eucaristía. Transubstanciación. He ahí el intrigante misterio mediante el cual el vino y el pan

logran transformarse, mediante el sagrado acto de la consagración, en la sangre y en el cuerpo de Cristo.

La hostia no puede morderse. Tiene que recibirse con la punta de la lengua, entornando los párpados y luego pegarla al velo del paladar para tragarla respetuosamente pues morder el cuerpo del Señor se considera sacrilegio. La madre Sor María Goretti nos da otro ejemplo cuando nos platica que alguna vez un irreverente se atrevió a masticar la hostia pero al verse la boca llena de la sangre se arrepintió tremendamente pues se dio cuenta de que había mancillado el sagrado cuerpo de Cristo.

Y es que durante todo ese día Sor María Goretti nos prepara para recibir la sagrada eucaristía reforzando nuestros conocimientos sobre la religión católica y particularmente sobre la importancia de los sacramentos.

Mañana cuando reciban la hostia entrará en sus corazones el cuerpo y la divina sangre de Cristo y estará con ustedes en la tierra y con ustedes comerá y beberá y disfrutará los bienes de este mundo y también por ustedes sufrirá y morirá como el propio Cristo murió en la cruz para redimirnos y así permitirnos alcanzar la gloria eterna.

Por ello al final de este día ustedes se someterán también, por primera vez, al sacramento de la confesión donde

dirán, frente a un sacerdote, que es el representante de Cristo en la tierra, todos los pecados que hayan cometido durante su vida para que así lleguen en estado de gracia a recibir la sagrada comunión.

Y en efecto, ese jueves después de invertir toda la mañana repasando los fundamentos de la doctrina cristiana, recitando de memoria el Yo pecador y la Salve y de que Sor María Goretti quedara convencida de que ya habíamos comprendido cabalmente el significado de los sacramentos que íbamos a recibir, pasamos al refectorio cerca de las dos de la tarde. Las monjas nos ofrecen una comida sencilla pero sabrosa. Arroz con plátano rebanado, pechugas de pollo, frijoles y después un poco de ate de guayaba con queso.

Mientras comemos en las largas mesas del refectorio y vemos a las monjas, mayoritariamente guardando un silencio que se interrumpe sólo cuando alguien pide que le pasen el pan o la sal, yo me pregunto cuál de todas ellas será Vilma Rosa. Pero debido a los hábitos idénticos que visten las monjas me resulta muy difícil distinguir a una de otra.

—¿No vamos a conocer a Vilma Rosa? —pregunta Miriam.

—¿A quién? —contesta Sor María Goretti.

—A Sor María Magdalena del Espíritu Santo —aclaro.

—Ah sí, ella es pariente de ustedes, ¿no?

Asentimos.

—Tal vez podrán saludarla, aunque sea brevemente, antes de que se vayan —contesta ella sin darle demasiada importancia.

Después de comer Sor María Goretti nos deja un rato en el patio del convento para que descansemos y ella se retira a hacer sus oraciones de la tarde, no sin antes advertirnos que después de descansar un poco iríamos todos a la capilla para hacer un examen de conciencia y así prepararnos para la confesión a las cinco de la tarde con el padre Nacho, que será también el encargado de darnos la eucaristía al día siguiente.

Conversando entre nosotros, caminando, corriendo, sentimos que luego del apacible e intenso día habíamos acumulado una extraña energía que necesitábamos manifestar y externar. Como entonces ya me enloquece el fútbol empiezo a hacer cabriolas simulando detener una pelota o tirar un disparo al ángulo y corro con mi hermano Joaquín como si estuviéramos en un partido de la escuela mientras Miriam nos observa riendo de nuestras babosadas.

El tiempo pasa rápido y de pronto Sor María Goretti nos conmina a pasar a la capilla, nos sienta en tres bancas diferentes y le dice a cada uno:

—Concéntrate y piensa en todos los pecados que has cometido durante tu vida. Repasa los diez mandamientos y trata de no olvidar ninguna de tus faltas.



"La mujer de tu prójimo"

Acuérdate que quien recibe la comunión en pecado mortal comete sacrilegio y ése es el peor pecado en el que puede incurrir un católico y no se puede perdonar mediante el simple acto de la confesión. Así que medita todo lo que has hecho y confíesalo para que quedes en estado de gracia y puedas hacer tu primera comunión debidamente.

Un poco asustados nos hincamos cada uno por separado y empezamos a tratar de concentrarnos en los mandamientos y cómo, cuándo y por qué los hemos incumplido. Por ser el mayor estoy en la primera banca, cerca del altar de la capilla donde un Cristo crucificado y sangrante parece mirarme con misericordia y severidad. No tengo problemas con el primer mandamiento. Amo a Dios sobre todas las cosas, aunque dudo si es por temor o realmente por amor. Tampoco estoy acostumbrado a jurar y si lo he hecho ha sido más bien por imitación que por hacerlo en vano. Sin embargo decido confesarlo pues no tengo la menor intención de cometer ese terrible pecado llamado sacrilegio, Dios me libre. Después vienen los pecados típicos: he faltado a misa, no guardé la vigilia, he desobedecido a mis padres, he mentido, me he peleado con mis hermanos. ¿Robé algo alguna vez? No que yo recuerde o sí, tal vez, un relojito de arena una vez en una tienda, algo de morralla de la cartera de mamá, un dulce a alguno de mis hermanos pero realmente nada grave. No obstante decido confesarlo también. No entiendo muy bien el sacramento de “no desearás a la mujer de tu prójimo” y tampoco le hago mucho caso al de “no codiciarás las cosas ajenas”. El problema real estriba por supuesto en el sexto mandamiento. No de obra sino en parte de palabra, por contar chistes colorados, por leer el *Ja-já* y excitarme con sus dibujos y en parte, tal vez la más grave, por tener malos pensamientos, muy a mi pesar, particularmente durante las noches.

Hago mi examen de conciencia tal y como nos lo indicaron y trato lo más honestamente posible de hacer un acto de contrición perfecto, es decir, arrepentirme de mis pecados por ofender a Dios y no por el castigo de irme al infierno. No sé si lo he logrado pero también decido que así se lo diré al padre Nacho. Volteo a ver a mis hermanos y, al igual que yo, están embebidos hurgando en sus conciencias.

Sor María Goretti nos llama y nos avisa que el padre Nacho ya llegó. La seguimos y el sacerdote se encuentra sentado en el confesionario, con su estola sobre los hombros. La primera en pasar a confesarse es mi hermana Miriam, por ser mujer y por ser la menor. Ella pasa por un extremo y vemos al padre pegar su oído del lado derecho mientras Miriam de rodillas confiesa sus pecados. Luego pasa mi hermano Joaquín. Él, como los hombres, se confiesa hincado de frente al padre. Sale relativamente rápido. Toca mi turno. Me confieso



“El padre Nacho”

conforme a todo lo que consideré previamente en mi examen. Al principio el padre Nacho me escucha sin hacer el menor reparo. Cuando llego al sexto mandamiento le digo:

—He tenido malos pensamientos.

—¿Qué tan frecuente?

—Últimamente mucho.

—¿Durante el día o durante la noche?

—A veces durante el día pero principalmente durante la noche.

—¿Has abusado de ti?

No sé qué responder.

—¿Te has tocado?

—No, padre, no...

—¿Has tenido poluciones nocturnas?

Una vez más me quedé callado.

—¿Has tenido emisiones?

Me quedé callado.

El padre Nacho habla en voz muy baja y de frente a mí. Es la primera vez que soy consciente de lo que significa que alguien tenga mal aliento. Cuando acaba de escuchar mi confesión el padre Nacho se porta severo conmigo y me dice que me va a dar la absolución siempre y cuando evite, a como dé lugar, incurrir en malos pensamientos.

—¿Haces algún deporte?—me pregunta.

—Fútbol y atletismo—contesto.

—Cuando tengas malos pensamientos en la noche acude a Cristo, reza un Padre Nuestro, tres Aves Marías y date un buen regaderazo de agua fría. De penitencia te voy a pedir que reces tres Credos, diez Aves Marías, diez Padres Nuestros y una Salve.



“Advenimiento”

Dicho esto procede a darme la absolución y me dice: —Ve con Dios y no peques más.

\* \* \*

Mis dos hermanos y yo nos sentimos puros y contentos. Por fin nos encontramos en estado de gracia. Luego de cumplir con nuestra penitencia Sor María Goretti nos lleva a otro cuartito en donde entre los tres y dirigidos por ella rezamos fervorosamente un rosario. Cuando terminamos son casi las seis de la tarde, hora en la que mamá quedó de pasar por nosotros.

—Les tengo una pequeña sorpresa —nos dice—. Vengan conmigo.

La seguimos y nos conduce por uno de los corredores del convento hacia una escalera, en un rincón.

—Esperen un momento —nos advierte.

Aguardamos unos minutos y de repente vemos bajar por las escaleras a una monja muy bella y muy joven vestida completamente de blanco con un tocado sobre la frente y que nos sonrío con gran dulzura.

—Es la hermana María Magdalena del Espíritu Santo —nos aclara Sor María Goretti.

No sabemos qué hacer. Miriam se atreve a acercarse para tratar de abrazarla. Pero Sor María Goretti la detiene. Vilma Rosa no se inmuta. Nos mira con ojos afectuosos y risueños pero mantiene su distancia.

—¿Cómo está su mamá? —pregunta.

—Muy bien, gracias —contesta mi hermana.

—Tú debes ser Emilio —dice dirigiéndose a mí—. Te conocí cuando eras bebé, ¿y ustedes cómo se llaman?

—Joaquín —responde primero mi hermano.

—Y yo Miriam, como mi mamá —dice mi hermana.

—Mándenle muchos saludos a sus papás y díganles que siempre los tengo en mis oraciones, sobre todo a su mamá que ha sido siempre tan buena conmigo. Dios los bendiga y siéntanse muy felices de que mañana van a hacer su primera comunión —dice, y sin más se retira por la misma escalera por donde bajó.

Al poco rato mamá llega por nosotros. Nos pregunta qué tal nos fue y nos lleva a casa.

—A merendar y a acostarse temprano que mañana tendremos que madrugar pues la primera comunión es a las ocho en punto.

También nos han instruido que la cena tiene que ser muy frugal y cuidarnos de no comer nada después de las doce de la noche pues la eucaristía debe recibirse rigurosamente en ayunas y con el estómago limpio. Así que tan pronto merendamos nos bañamos y nos vamos a dormir.

\* \* \*

Nos levantamos de madrugada. Mamá arregla y viste a Miriam con su vestido blanco, su velo y sus



"Velas"

guantes mientras Joaquín y yo nos lavamos la cara y los dientes —cuidándonos de no tragar ni siquiera un poquitito de agua—, nos peinamos y nos ponemos nuestro traje de gala del colegio listos para que mamá nos coloque el brazalet. Nos ponemos los guantes, cogemos nuestras respectivas velas y nuestros libritos de primera comunión y vamos al coche donde papá nos espera, un tanto impaciente, fumando un cigarrillo. Cuando nos subimos nos ofrece un pequeño obsequio: un pañuelo de lino a Joaquín y a mí y un pañuelito de seda a Miriam. Nuestro padre era un hombre muy pulcro y su regalo tenía un significado especial. Miriam guardó su pañuelito en una bolsita blanca que llevaba consigo y nosotros los metimos en el bolsillo del pantalón como nos había enseñado papá.

Salimos rumbo al convento. Llegamos un poco antes de las ocho. Ya nos esperan nuestros padrinos con

algunos tíos y nuestros primos y amigos sentados en las bancas de la capilla. El padre Nacho está en la puerta conversando con Sor María Goretti.

—Bendito sea Dios que ya llegaron —exclama ella sonriente al vernos— miren nada más qué guapos vienen.

Con toda la solemnidad del caso encienden nuestras velas y mis dos hermanos y yo caminamos rumbo al altar donde el padre Nacho ofrecerá una misa para darnos la sagrada comunión. Inicia la ceremonia, se lee el Evangelio, la parte donde Jesucristo habla de la instauración de la eucaristía; llega el momento más solemne, el de la consagración y, mientras tocan las campanillas y el padre Nacho alza la hostia impecablemente blanca sosteniéndola delicadamente entre sus dedos índice y pulgar para que resplandezca mientras la eleva como signo de la divinidad, sin saber porqué sé



"Entre las sombras"

porqué en lugar de las palabras de las sagradas escrituras en mi mente yo interpreto lo siguiente:

Comed de esto, comed. Éste es mi cuerpo que por vosotros es partido. Y si os digo bebed de aquí bebed. Ésta es mi sangre que por vosotros es bebida. Nuestro líquido ha sido derramado para sepultarme. Estad atentos al beso del pecado.

Tal vez por eso cuando llega el momento solemnísimamente en que el padre Nacho se acerca a mí y elige una oblea entre la infinidad que hay en el copón para tomarla entre sus dedos, acompañado de un monaguillo que extiende una patena para que no se caiga ni una migaja del pan ya consagrado y, diciendo unas palabras en latín, hace una cruz y me ofrece la hostia, saco mi lengua y la recibo con todo cuidado sólo que en lugar de tragarla logro mantener la oblea en vilo dentro de mi cavidad bucal, en la punta de mi lengua para mojarla lo menos posible y, tan pronto encuentro la oportunidad, la extraigo de mi boca y la coloco

pecaminosamente entre mis manos fervorosas. La misa continúa y mientras el padre Nacho dice que todos recibamos los frutos del sacrificio del Señor, sin que nadie se de cuenta, saco de la bolsa de mi pantalón el pañuelo de lino que me acaba de regalar mi padre, impecablemente blanco, y coloco sigilosamente la sagrada eucaristía en un doblez donde deposito el divino sacramento.

Al terminar la ceremonia nos abrazan y nos felicitan y pasamos a desayunar en el refectorio del convento. Terminado el desayuno nos conducen a un saloncito donde hay un crucifijo y unos reclinatorios y nos toman una fotografía a los tres para dejar constancia de que ese día, por fin, hemos recibido el cuerpo de Jesucristo en nuestras almas.

\* \* \*

Pero yo no. Nunca hice la primera comunión. El cuerpo de Cristo jamás habitó mi alma porque desde niño decidí mantener a Dios a la distancia. Todas las mañanas despierto totalmente solo ante la vastedad del universo. Durante muchas noches siento que vivo en total oscuridad; pasan los días y a veces alzo la vista a los cielos y alcanzo a percibir alguna luz lejana y parcial que crece dentro de mi alma. De vez en cuando al ver la luna blanca, redonda y luminosa fulgurando en la negrura del firmamento, pienso en esa divina hostia que me negué a tragar, a aceptar dentro de mi alma. Ahora esa hostia convertida en luna parece mirarme con un dejo de reclamo desde lo alto de los cielos. Hasta hoy conservo aquella hostia que se convirtió en el cuerpo y la sangre de Cristo Nuestro Señor en una cajita de sándalo donde decidí guardarla. Soy un pecador, lo reconozco, lo fui desde que era niño, casi inmediatamente después de confesarme por primera vez. Esa misma noche, sin embargo, me di cuenta de que los pecados más graves no se comenten con el cuerpo sino con la mente y tal vez por eso aquella mañana, al fin de mi infancia, me negué a recibir la sagrada eucaristía. A partir de entonces habito en un mundo sin luz. Ojalá y Él sepa comprenderme. **U**

---

Las xilografías que ilustran este cuento fueron realizadas *ex profeso* por Enrique Benítez para la *Revista de la Universidad de México*.

Con toda la solemnidad del caso encienden nuestras velas y mis dos hermanos y yo caminamos rumbo al altar donde el padre Nacho ofrecerá una misa para darnos la sagrada comunión.